

Jean-Jacques Dubois

**PSICOLOGÍA Y
CHAMANISMO**

EN EL SIGLO XXI

**Seguido de
Ensayos Psicoantropológicos**



REMERCIEMENTS

À Louise Courteau, éditrice de *Psychologie et chamanisme au 21e siècle*, qui a cédé ses droits pour la publication en espagnol. Je lui en suis très reconnaissant.

À Jocelyne Tousignant, ma mieux-aimée, première et impitoyable critique qui m'incite sans répit au dépassement de mes insuffisances autant intellectuelles qu'émotionnelles.

À Maria Fernanda Arentsen et Javier Asencio, traducteurs de mes écrits, qui ont su si bien saisir ma pensée et souvent la rendre plus intelligible. À Andrée-Anne Tremblay qui a apporté sa contribution à divers moments dans ce processus.

À toutes ces personnes qui, par leur intérêt pour ma pratique et mes recherches, m'ont encouragé au fil des ans à poursuivre ma contribution à l'avènement d'une humanité «nouvelle».

À ces ardents de la terre qui, par leur implication dans la grande aventure, osent la nécessaire et difficile descente au plus profond d'eux-mêmes pour se découvrir, découvrir l'autre, découvrir tous les autres, seule issue vers plus de conscience, plus de liberté, plus d'amour.

AGRADECIMIENTOS

A Louise Courteau, editora de *Psychologie et chamanisme au 21e siècle*, que cedió sus derechos para la publicación en español. Me siento muy agradecido.

A Jocelyne Tousignant, mi amada, primera y despiadada crítica que me incita sin tregua a la superación de mis insuficiencias tanto intelectuales como emocionales.

A María Fernanda Arentsen y Javier Asencio, traductores de mis escritos que han sabido tan bien captar mi pensamiento y a menudo

volverlo más inteligible. A Andrée-Anne Tremblay que contribuyó a este proceso.

A todas estas personas que, por su interés a mi práctica y mis investigaciones, me han animado en el transcurso de los años a continuar mi modesta contribución para el advenimiento de una humanidad “nueva”.

A estos ardientes de la tierra que, por su implicación en la formidable aventura humana y cósmica, se lanzan a la necesaria y difícil tarea de descubrirse a sí mismo, descubrir al otro, a todos los otros, única salida hacia más conciencia, más libertad y más amor.

PREFACIO

Auxiliadora Marengo G

Mi encuentro con la ciencia siempre me inspiró el respeto de las cosas profundas. Al igual que la mayoría de mis colegas, vengo de una escuela tradicional apegada a las enseñanzas freudianas y a los esquemas académicos. Pero a su vez, y quizá por lo vivido en los años ochenta y su impacto en todos los nicaragüenses, cuestiono lo conocido y voy tras nuevos paradigmas o corrientes de pensamiento que expliquen el comportamiento humano.

Y este libro en particular me llenó de asombros, estremeció mi conciencia y dejó los cristales de mi alma llenos de esa nube que empañan multitud de difíciles alientos. Conocer a Jean Jacques Dubois y la psicoantropología significó entrar en un mundo diferente e inexplorado. Sus enseñanzas y su sola presencia, transmiten esa especie de magia y respeto que inspiran las personas científicas y sabias.

Este libro representa la interpretación y el análisis de los infinitos porqués de la historia de los pueblos y de cómo impactan en los eventos del presente, vistos desde una asombrosa comparación entre el poder del chamanismo, —del cual interpretamos mucho y sabemos muy poco— y el accionar de la psicoterapia moderna.

El chamanismo, de acuerdo a lo presentado en este libro, además del arte de curar, comprende la integración de la cosmogonía de cada cultura, incluyendo sus costumbres, normas, creencias y conocimientos.

El chamán, explica Jean Jacques, es un personaje especial y distinto de su sociedad y, paradójicamente, siendo diferente, se obliga a ser el que más se identifica con la misma. Es la máxima autoridad moral, espiritual y de salud de un pueblo. El reencarna las fuerzas ancestrales de su grupo como su máximo representante y domina lo invisible y lo secreto, desde las muertes hasta los nacimientos. Su manejo es sistémico. Es decir, que los síntomas de una enfermedad o desgracia individual, son causados por el grupo y, todo lo que en él suceda está interconectado.

La enfermedad, cual válvula de escape, permite que el sistema se conserve, auto-regule o sobreviva. El chamán “negocia” con espíritus malos y buenos, o ambivalentes, que transforman y buscan que el “enfermo” o “desviado” recuperen el orden, la conciencia de la raza y la identidad.

En el chamanismo y neochamanismo se encuentran dos grandes limitantes. Por un lado, la curación gira alrededor de los ancestros y por tanto, se vuelve una verdadera represión. Y por otro, la relevancia dada al animal de poder, sustituye lo humano por lo animal. El animal de poder termina siendo a su criterio, o una madrastra que reprime o una madre cariñosa que alienta, pero no te deja libre.

Jean Jacques, acertadamente nos recuerda que la psicoterapia moderna también es vulnerable y equívoca. A través del famoso fenómeno de la transferencia, se idealiza el rol del terapeuta como si fuera el intocable y sabio, bajo cuya sapiencia, el paciente, sanará. Los terapeutas hablan con frecuencia de los deseos del paciente hacia ellos, pero raramente lo hacen de lo que sucede al revés. Se crea una distancia prudencialmente grande, donde el sanador es el terapeuta y el enfermo es el paciente, cuando peligrosamente el sanador podría ser parte de la enfermedad que quiere curar.

Nadie puede decir que resolvió todos sus asuntos, o que las heridas del pasado dejan de doler por ostentar un rango en el sistema de salud mental. Sabemos que en todos los humanos,

hay asuntos que enferman y matan y que solo sanamos cuando liberamos al niño que sobrevivió a la catástrofe que pudo ser o fue, nuestra infancia. O mejor aún, cuando dejamos en libertad el respeto por el otro y su capacidad de amar en esa misma libertad.

“Los terapeutas tienen bastante dificultad para abrirse a la alteridad, única vía de acceso al gran OTRO, es decir, a una mayor conciencia, libertad y amor” –dice Jean Jacques.

La arrogancia del homo sapiens desvía la importancia de lo arriba descrito y la interacción se vuelve una relatoría de hechos emocionalmente significativos que raramente terminan por sanar. En la ciencia occidental, se menosprecia la fuerza del chamán reduciéndolo a la condición de brujo o ignorante, sin saber que los conceptos chamánicos son metáforas comprendidas y comprensibles, si las interpretamos dentro de su marco cultural antropológico.

Curiosamente, según lo presenta este libro, lo que en chamanismo se llama posesión, embrujamiento, espíritu maléfico, benéfico, robo del alma, exorcismo, adorcismo, etc., está dicho con otras palabras en los conceptos psicológicos de super-yo, ley del padre, alienación, psico-genealogía, sufrimiento, resiliencia, grito primal, abreacción, choque postraumático, etc.

La medicina cae en actitudes prejuiciosas y se reduce a mirar la “enfermedad en sí” olvidando la causa invisible que hubo detrás. “Las enfermedades hablan, y, lo que llaman salud no es otra cosa que algo transitorio y trascendido de un estado mórbido, cuyo origen permanece en una oscuridad silenciada y conveniente”, –de acuerdo a Jean Jacques.

Según Piaget, antes de alcanzar el pensamiento racional (lógico-matemático y formal) el niño deberá pasar por el pensamiento mágico. Comte nos dice que, antes que una cultura alcance el pensamiento filosófico-científico, pasa por el pensamiento mítico. Todo pasa por un proceso donde lo anterior, da lugar a lo que sigue y nada más. Antes de transformarse,

una sociedad debió informarse, y no al revés. La ciencia solo existe porque antes existió la magia.

Es hasta hace muy poco que la psico-genealogía ha descubierto la transferencia de sufrimientos (traumas, abandono, violencia, etc.) de las generaciones pasadas a los hijos y descendientes. Y mucho más reciente aún lo promulgado por la *Epigenética* que muestra como lo vivido de una persona modifica la cromatina en el ADN de la misma. La enfermedad, se vuelve un fenómeno paranormal, pues se transmiten de un pariente a otro, como si se transmitiera una energía maléfica y directamente relacionada con los sufrimientos reprimidos.

El inconsciente colectivo de Carl Jung es introducido genialmente por Jean Jacques en su obra, como un mundo poblado de modelos representativos donde cada valor, actitud o creencia se convierte en “brujo” que contagia o extiende el estilo que enferma, sana, odia, teme o triunfa. Sea esto de un país a otro, de una generación a otra, de una persona a otra, con carácter eminentemente sistémico e indeclinable.

Sabemos que el inconsciente gobierna. Y este opera no solo desde el más allá, sino también en el más acá. Los que nos rodean, familiares principalmente, pueden ser agentes utilizados por el sistema familiar para reparar el viejo drama transgeneracional. La enfermedad de una persona es el síntoma del sufrimiento familiar reprimido. Cuando alguien se sacrifica, los demás de este sistema se benefician.

La enfermedad se vuelve así un auto-embrujamiento. Son energías reprimidas en ciertas regiones del cuerpo, existentes en nuestro inconsciente que al manifestarse pueden ser contracciones (dolor) o debilitamiento inmunitario (infección). Resulta importante darnos cuenta como se visualiza aquí la enfermedad. Una emoción negada o mal manejada, se acumula en una parte del cuerpo para terminar enfermándola, produciendo así un nuevo dolor.

En el inconsciente colectivo, si lo vemos con la visión de los chamanes, están las entidades mitológicas que explotan en

ira y destrucción buscando el orden del sistema; y en el inconsciente familiar, visto desde la psicoantropología, están las entidades genealógicas, reivindicando a través de la enfermedad, el mismo orden que también se perdió en el sistema familiar. Con lenguaje diferente, los mecanismos terminan siendo los mismos. “Los dioses antiguos son a la sociedad, lo que los ancestros, a la familia”, dice Jean Jacques.

La psicoantropología cree, al igual que otras ciencias modernas como la física cuántica, que del caos, viene el orden. La enfermedad es un aviso para que la persona ordene sus asuntos pendientes y así obtenga la sanación. La sociedad enferma, al igual que las personas, mostrando síntomas que van desde el alcoholismo hasta las dictaduras, pasando por los abusos sexuales y la violencia, como signo del desorden que requiere un “profeta” que traiga un nuevo orden revitalizante.

Y es así como Jean Jacques nos introduce en su tesis doctoral sobre la revolución nicaragüense, donde Sandino es el gran chamán asesinado que toma de Quetzalcóatl (gran dios ancestral reprimido y suprimido por los españoles) la gesta de liberación. Carlos Fonseca, creador del movimiento que revive su pensamiento, muere para nacer en muchos, convirtiéndose así en uno “de los muertos que nunca mueren”. Del caos de la dictadura, viene el nuevo orden que pretende suprimir el desorden.

Solo la profunda reflexión sobre lo que crea el desorden, es lo que nos permite entender los fenómenos que enferman a la sociedad o a los seres humanos. Solo pueden ser entendidos como un estado fluctuante que pugna por un nuevo orden que reivindique lo que antes fue oprimido o debilitado. Todo lo perteneciente a un sistema reclama un lugar, que de no tenerlo, o ser negado, la lleva al caos.

Llámesese expulsión de los espíritus malos, o catarsis, ambos significan el cuestionamiento de nuestros anti-valores, disfunciones y compulsiones, para entenderlas y manejarlas y no para que ellas nos dominen, por ignorarlas. Es la necesaria

salida hacia la autonomía y creación de acciones más productivas y sanadoras.

La religión, en vez de educar o entender los fenómenos humanos, crea y secunda la “represión” de sentimientos o “espíritus malos”. Evitarlos o callarlos al final termina reforzándolos. Por otro lado además, frente a los fenómenos que no puede explicar, fortalece la fe en los milagros.

Curiosamente, los que van a la vanguardia de la modernidad, terminan reverenciando a lo único que creen: la ciencia, que es su diosa. Esta “fe” probada una y mil veces en las probetas de los laboratorios, le concederá a la medicina, lo que en otros tiempos, se le daba a los chamanes y sacerdotes.

Pero, cual es el punto final, la conclusión importante de esta ardua reflexión al pensamiento y enseñanzas de Jean Jacques?

Ni el chamán con el poder de sus ancestros, ni la psicoterapia con sus técnicas modernas, son la panacea que todo lo resuelve.

Mientras no haya respeto y comprensión a través del amor por el ser humano, visto de manera integral, todo parecerá secundario y se quedará atrás como parte del objeto de cura y no como sujeto de la misma.

Así es como llegamos al punto omega de Theilard de Chardin, al que Jean Jacques, hábilmente nos conduce. Dios es el arquetipo de los arquetipos y la “espiritualización de la materia”. Ese Dios muere en el nacer del hombre hacia el amor. Lo reprimido por el sufrimiento es lo que nos separa de Dios. Reconciliados y sin dolor, se unifican.

El amor es fusión sin confusión. Este exige la intimidad total, libre y sin fronteras. Sea bajo una visión chamánica, o psicoterapéutica, el objetivo tiene que ser una experiencia afectivo-correctiva, un encuentro entre dos almas que se abrazan, se respetan y concilian en libertad.

El amor es en primer lugar y sobretodo, el amor a la vida y esto se traduce conociendo sus leyes fundamentales. Si se está

consciente de lo que se siente, se está en capacidad de entender la diferencia entre felicidad y desgracia o entre alegría y angustia. Por tal razón, el egoísmo encierra y atrapa, negando la conciencia y la afirmación. Su significado es la propia negación y la propia ruina.

Jean Jacques Dubois es un erudito, un científico y un sabio con cara de ángel. Alguien que nos conduce a través de esta lectura por elaborados e incansables caminos, donde cada reflexión, nos guía a la siguiente, que es más profunda. En cada pensamiento hay una pluma y una espada. Con la pluma nos muestra la reflexión y el camino al entendimiento y al amor y con la espada, es implacable con todo aquello que por establecido y creído, no necesariamente es verdadero. Cada quien habrá de colocarse según su conciencia para sentirse comprendido o decapitado.

Por este libro desfilan desde Cristo hasta Buda, su “hermano y enemigo planetario”, pasando por Freud, Leibniz, Marx, Soloviev o Bachelard, por mencionar unos cuantos. No solo los cita, sino que los hace propios, forma un magnífico conjunto de conceptos al servicio de lo que nos quiere transmitir y con la certeza del conocimiento profundo nos los ofrece para sustentar su propuesta.

En diferentes momentos contuve el aliento y mis neuronas entraron en caos ante tanta información. Algo muy fuerte, mitológico o genealógico, hacia batir mi corazón desde la hondura de mis ancestros o desde el altar de los afectos, y retomaba la línea que su diestro pensamiento me marcaba. No se trata de encontrar la verdad, sino alejarse de la mentira. Es preferible captar intuitivamente las totalidades individuales o sociales para luego entender los detalles y las partes.

El orden vino cuando encontré el alma de Jean Jacques, en esa paradójica complicidad entre su profundidad para describir lo complicado y la absoluta humildad para entender la solución del sufrimiento humano, así:

“El amor universal no será el final de una búsqueda. Será simplemente el rasgo cultural dominante del mañana. Todo otro rasgo incompatible será apocalípticamente eliminado. El amor será universal porque finalmente será lo único sobre la tierra. El amor ya no será un fin, sino un medio para adaptarse, para vivir y quien sabe, para ser al fin, felices”.

Que hizo que este rubio canadiense de ojos azules encontrara en Quetzalcóatl, la relación con los acontecimientos que cambiaron los destinos de Nicaragua? Su “homo sapiens” colmado de información y ciencia, se convierte en “homo pasiens” que ama y se apasiona por una historia que sin ser suya, le pertenece pues es de la humanidad de la que es parte y todos somos.

Esto me explica que lo que ocurre aquí, es lo mismo que miró allá en las nieves de Quebec, de donde viene como transeúnte trascendente de razón y corazón, que en un momento fue distinto hasta volverse parecido y uno mismo. Sospecho, que el alma de Jean Jacques es parte de la nuestra, expandida y espléndida, sencilla e inquieta, terca y gentil, tierna y guerrera... deduzco que él es un combatiente de causas distintas que se terminan pareciendo a la nuestra y, convirtiendo su espada en pluma, se enamoró de una flor y escribió la biblia del AMOR. Entendido en esa belleza y simpleza, lo que nos diferencia solo son las nieves, mares o distancias que forman parte de nuestros mutuos paisajes.

Leyendo este libro me di cuenta que Jean Jacques es un científico con una fuerza espiritual que nos conecta con lo sagrado, sea que provenga de lo religioso, de lo chamánico o de lo simplemente humano.

Y también supe que tiene una musa que lo inspira en el amor por y para la vida: Jocelyne Tousignant. Ella aparece discreta y luminosa, como la luna llena de su deslumbrante firmamento.

agosto, 2016

INTRODUCCIÓN

La psicoantropología, también llamada psico-chamanología, se inscribe en el movimiento del gran proyecto de reconciliación entre religión y ciencia de Pierre Teilhard de Chardin. No en el sentido de la fe, en una o en otra, sino como productoras de conocimientos al servicio de poderes, reflexiones al servicio de acciones. Como todas las religiones derivan del chamanismo y como éste porta el germen de la racionalidad científica (Émile Durkheim), el mismo adquiere un estatus de arquetipo (inconsciente colectivo o relacional) de arquetipos que determinará no solamente las religiones ulteriores, sino incluso la producción científica más moderna. Este arquetipo chamánico no se reduce a los arquetipos en el sentido de Carl Gustav Jung y de Mircea Eliade sino que los incluye, desde luego, y además y por sobre todo, los agrupa y los articula en el seno de un sistema morfogenético. Esta morfogénesis sistémica, con sus leyes de “totalidad, autorregulación y transformación” (revelada por Jean Piaget e ilustrada en los trabajos de Henri Atlan y Edgar Morin con sus dinámicas de orden-desorden-complejidad-emergencia) determina tanto la evolución cósmica como las ínfimas modulaciones atómicas y subatómicas, pasando por la psicogénesis y la historia de Quebec o de Nicaragua. Este sistemismo con colores de universalidad y sabores de eternidad resulta familiar en las mentalidades chamánicas desde el alba de la humanidad. Los chamanes y sus comitentes “comprenden” su cosmos y su vida comunitaria y personal con la ayuda de metáforas y rituales que, juiciosamente interpretados, revelan una sensibilidad sistémica que aun nuestros teóricos más avanzados tienen gran dificultad en descubrir. Los avances científicos en el conocimiento del sistemismo hacen pensar que los investigadores han descubierto en lo real sus a priori “espirituales”, ya que la observación de

sus objetos de investigación no haría más que reflejarles el sistema de su propio psiquismo ya determinado por el arquetipo de arquetipos de su inconsciente (“colectivo”) que es el sistemismo chamánico. “El humano no encuentra más que a sí mismo” diría Werner Heisenberg.

Por lo tanto, en el fenómeno de la naturaleza observada vislumbro el sistema que me constituye y que determina mi pensamiento –Gregory Bateson estaría de acuerdo con esto. Este sistema es el arquetipo chamánico prolongado en las religiones. No se trataría pues de una construcción cultural o psicosocial sino de una armonización entre el sujeto cultural humano y el objeto natural observado y conceptualizado. Esta armonización de lo que ha podido parecer hasta ahora como una contradicción bien podría interpretarse como una reconciliación entre religión y ciencia. En este sentido, la religión es concebida como “palabra del Evangelio”, es decir palabra de la Naturaleza (Baruch Spinoza) y la ciencia como palabra balbuceante sobre la naturaleza. La ciencia buscaría comprender lo que la religión ha comprendido sistémica y totalitariamente. Aun si la religión es palabra de la Naturaleza es susceptible de equivocaciones, como la ciencia, que es a veces más humilde. La unión religión-ciencia es condicional: cuando tanto una como otra dicen aproximativamente lo mismo sobre el mismo objeto, las probabilidades de acercarse a la realidad aumentan. Esta unión es pertinente solo desde una perspectiva de verosimilitud y no de verdad. Una no hace más que verificar a la otra y viceversa. Su conjunción acarrea un fenómeno de emergencia o una tercera comprensión de una profundidad inesperada en ambas.

Psicología y chamanismo en el siglo XXI es una ilustración concreta de este encuentro dialéctico entre religión (chamanismo) y ciencia (psicología). Allí observamos cómo se comprenden y se analizan más profundamente las historias de caso con las cuales el lector no podrá evitar identificarse. La lectura de esta obra constituye ya una apertura a la curación.

Las historias de caso expuestas en este libro no son más que relacionales (intersubjetivas); también conciernen la historia de familias, de genealogías, de organizaciones, de sociedades, de la humanidad. Y para comprender la vida de una persona (historia de caso), así como la vida de una sociedad y de la humanidad, no se puede evitar la religión, los dioses, los espíritus.

Aun cuando la antropología clásica es una ciencia moderna, su objeto de investigación concierne las tradiciones (etnología) de todos los tiempos, remontándose incluso hasta el comienzo de nuestra humanidad (paleoantropología). Al estudiar las tradiciones, la etnología y la paleoantropología han descubierto una dimensión cultural fundadora de las sociedades arcaicas, o sin escritura, dimensión cultural ya presente en la época del nacimiento del *Homo neandertalis* (*Homo sapiens*) y del Cromañón (*Homo sapiens sapiens*). Esta dimensión fundadora es la religión y esta religión es el chamanismo (Durkheim). Y el chamanismo constituye no solamente el arte de curar, la medicina tradicional, sino la totalidad de la cosmología de cada sociedad, es decir el “corpus” de conocimientos, reglas, costumbres, rituales, creencias, mitos, etc. Todo, todas las cosas, todos los elementos de la naturaleza, todos los acontecimientos, todos los fenómenos se comprenden y se explican dentro del marco cosmológico. Siempre “la vida [historia] social comprueba la cosmología”¹ (Claude Lévi-Strauss). Nada escapa al campo de una consciencia sobre-determinada por una cosmología. La famosa videncia chamánica se reduce al cercado balizado por los parámetros cosmológicos en el cual todo se comprende y se explica por las artimañas invisibles de los dioses y espíritus que crean desgracias e infortunios.

En el chamanismo, como en toda religión, los espíritus, las divinidades y todas las entidades consideradas superiores, sobrenaturales, pueden ser percibidos como benéficos, como ambivalentes o como netamente maléficos. Como sea que

¹ Las citas provenientes del francés o del inglés son traducciones libres.

fuera, si bien es cierto que las mismas entidades pueden ser a veces fascinantes, lo cierto es que casi siempre causan horror a sus súbditos (Rudolf Otto). “Este horror, escribe Georges Bataille, es ambiguo. Sin ninguna duda, lo sagrado atrae [...], pero al mismo tiempo parece vertiginosamente peligroso [...]”².

Los espíritus y los dioses, que poseen y atormentan todas las realidades materiales e inmateriales, nacen, viven y mueren con el nacimiento, la vida y la muerte de la sociedad a la cual pertenecen, sociedad que ellos representan y determinan a la vez. Son prisioneros de su sociedad que, “dialógicamente” (Morin), es prisionera de sus dioses y espíritus. Hay un juego de dependencia mutua entre la sociedad y sus dioses y espíritus que son la sociedad misma, la quintaesencia (Durkheim). No se ven, no se tocan, no se escuchan. Son invisibles, intangibles, inaudibles. ¿Viven en otra dimensión? ¡Si hay! ¿En el cielo? ¿En el infierno? ¡No! Están en nosotros, en nuestros cuerpos, en nuestras células, en nuestras neuronas, en nuestras hormonas, en nuestro ADN. El más allá está aquí mismo. Si, como lo dice Alain, “el cuerpo humano es la tumba de los dioses”, de los ancestros, su putrefacción apesta, infecta a su descendencia.

Si en nuestra tradición podemos afirmar que Dios se ha encarnado en Jesucristo y que a su vez la humanidad se vuelve la encarnación de Dios, es que desde siempre la creación ha sido Dios encarnado. En un momento dado pudimos verlo claramente ya que la evolución de la reflexión humana (la consciencia) nos lo permitió y declaramos que Jesucristo y más tarde la humanidad son la encarnación de Dios. Nuestros antepasados lo sospechaban hasta la venida del dualismo cartesiano que separó la tierra del cielo, lo profano de lo sagrado. Aun cuando René Descartes y la modernidad por él iniciada despidieron a Dios de la tierra, éste no ha dejado de acosar a la humanidad, atormentándola. El escritor francés Jacques

² Georges Bataille, *Théorie de la religion*, París, Gallimard, 1973, p. 48.

Prévert ilustra esta despedida en su poesía de esta forma: “nuestro Padre que estás en el Cielo, quédate allí, y nosotros nos quedaremos sobre la tierra que a veces es tan linda”.

Después del Padre, es el Hijo, que es el Dios mismo, quien toma la posta. La humanidad es el más allá de Dios, el ancestro fundador de la humanidad, que se reencarna sin cesar en sus descendientes, los humanos. Esto se comprueba en las sociedades “primitivas”: el ancestro divinizado posee a sus súbditos de generación en generación. Estos súbditos son el más allá del ancestro, del Dios, modelo que se vuelve verosímil para la sociedad planetaria, la humanidad entera.

Este arquetipo del Dios que posee, atormenta a sus súbditos, determina no solamente la vida comunitaria, sino también la vida de todas las genealogías, y consecuentemente, de todas las familias y de sus miembros. Si el Dios, el Cristo universal de Teilhard de Chardin, desempeña este papel para el conjunto de la humanidad, el Ancestro lo desempeña para una pequeña sociedad y a su vez los antepasados (ascendientes: padres, abuelos, bisabuelos...) lo desempeña para la familia y los individuos. Los chamanes saben esto desde siempre, ya que ven en la desgracia y el infortunio (enfermedad, violencia, abusos sexuales, etc.), que agobian al individuo o a la sociedad, la manifestación de la violencia del espíritu iracundo de un ancestro, un espíritu maléfico.

Dado que los espíritus son comunitarios, como el Cristo es universal, las desgracias e infortunios que le suceden a un individuo o a algunos son sistémicos, es decir que la totalidad del sistema se expresa en el individuo o en algunos. En efecto, la desgracia y el infortunio son vistos por el chamán como la manifestación del enojo de un espíritu que se vuelve maléfico. El desequilibrio del (o de algunos) individuo(s) es el desequilibrio de su familia y de su comunidad. Y cada miembro de la familia y de la comunidad lleva en sí las mismas potencialidades de disfuncionalidad susceptibles de expresarse por varios síntomas nutridos por el sufrimiento familiar o comunitario.

El componente enfermo del sistema revela este sufrimiento que el chamán llama “espíritu maléfico”. El retorno de este espíritu —o mejor dicho el despertar de este espíritu— puede ser provocado por otro componente del sistema, un “brujo”, que puede ser la “causa ocasional” (Nicolas Malebranche) de la manifestación de la violencia del espíritu. Para sobrevivir, conservarse, autorregularse, para impedir el cambio, los sistemas familiares y comunitarios necesitan inconscientemente de los síntomas del componente enfermo y es por esta razón que la comunidad y la familia los animan, los nutren. En el caso del incesto, por ejemplo, veremos cómo la familia y la comunidad necesitan de sus abusadores y los “quieren” y quieren también que las abusadas sean abusadas.

Sabemos, desde el holismo de Blaise Pascal, desde el Dios-Naturaleza de Spinoza, desde la “monadología” de Gottfried Wilhelm Leibniz, desde la holografía de David Bohm, desde el sistemismo de Henri Atlan y Morin, que el todo está en cada parte. Cada componente de cualquier sistema contiene a todo el sistema. Así, como acabo de explicarlo para el caso de la desgracia y del infortunio, el desequilibrio individual corresponde al desequilibrio de la familia y de la comunidad. Los occidentales comenzamos tímidamente a comprender lo que los chamanes sabían desde las primeras horas de la humanidad: la fusión hasta la confusión de la id(entidad) entre los componentes de cualquier sistema familiar y comunitario. Esto se comprueba a nivel micro en la física cuántica (la no separabilidad del universo cuántico y el holograma); y se verifica también a nivel intersubjetivo en la terapia sistémica familiar del grupo de Palo Alto según los postulados de Bateson. Y, sobre todo, se verifica sin lugar a dudas en la intersubjetividad transgeneracional de la psicogenealogía.

Los occidentales (u occidentalizados) estamos descubriendo a los “espíritus de los ancestros” de los cuales el chamán viene hablando desde hace 35.000 años. No solamente la intersubjetividad determina la vida de cada uno, sino que la determinan más aún los sufrimientos (los “espíritus malos” de

las sociedades chamánicas) que nuestros antepasados tratan sin cesar de superar, intentando aliviarse de ellos, repararse, redimirse, por medio de los vivos. Cuando no es del infierno, la descendencia es el lugar del purgatorio de los ascendientes (padres, antepasados), muertos o aún en vida. El más allá no está allá, está aquí mismo, en los cuerpos (= inconscientes) de la descendencia, en el cuerpo de cada uno de nosotros.

Desde siempre, la descendencia ha padecido el sufrimiento no resuelto de sus antepasados. Hasta hace poco tiempo, los años 80, la psicogenealogía, ciencia interdisciplinaria muy moderna nutrida por psicoanalistas, antropólogos, sociólogos, etc., ha descubierto la transferencia de sufrimientos (trauma, violencia, abandono, etc.) de las generaciones pasadas a los hijos y nietos. Sin comprender los mecanismos, convocaron las metáforas chamánicas y a veces esotéricas como alma, espíritu, fantasma, etc., para tratar de explicar estos fenómenos extraños que vuelven a salir de lo mágico. Sin darse cuenta, estos científicos estaban explicando los detalles de lo que el chamán comprendía globalmente desde el alba de la humanidad.

Más recientemente aún, a comienzos del nuevo milenio, apareció un nuevo campo de investigación: la epigenética. Este enfoque logra dar a las almas, a los espíritus, a los fantasmas, un realismo bioquímico. En efecto, los genetistas descubrieron que lo vivido de una persona modifica, sobre todo por metilación y acetilación, el enrollamiento de secuencias del ADN en las histonas de la cromatina. Si hay metilación, las secuencias de ADN se contraen, se comprimen y por ende no se expresan; tanto las buenas como las malas no se expresan. Si hay acetilación, las secuencias de ADN se dilatan; tanto las malas como las buenas se expresan. Las consecuencias tanto sobre el plano físico como sobre el plano psíquico son enormes. Estas modificaciones bioquímicas condicionan tanto la vida física como la vida psíquica de cada uno. La psíquica es un efecto secundario de la vida física, dado que ésta, por sus procesos hormonales, neuronales e inmunitarios, se expresa en la vida psíquica. Lo más sorprendente de estas investiga-

ciones es que estas modificaciones se transmiten de generación en generación, cómo los genes y con ellos. Si Darwin sigue siendo pertinente, su oponente Lamarck, que afirmaba que los rasgos adquiridos se transmitían, se encuentra rehabilitado por la epigenética después de haber sido descalificado y ridiculizado por el darwinismo.

La epigenética le da la razón a Spinoza que afirmaba: “todo lo que está en el espíritu está primero en el cuerpo”. Y a Pascal para quien sus enfermedades, sus dolores físicos expresaban su alma “completamente enferma y cubierta de úlceras”. Y a Maurice Merleau-Ponty que escribía: “no tengo un cuerpo, soy mi cuerpo”. Y también a Teilhard de Chardin que introdujo la idea del “espíritu de la materia”. Pero son sobre todo los neurocientíficos, especialmente Antonio Damasio, quienes nos enseñan cómo los pensamientos y las emociones son resultados de procesos neuronales y hormonales (“primero en el cuerpo”).

Sin embargo, la epigenética le da la razón al chamán para quien lo sagrado (espíritu) y lo profano (materia) están estrechamente relacionados. Cada cosa, cada ser, cada evento, cada fenómeno es la expresión de espíritus. No hay distinción entre el mundo visible y el mundo invisible (“mundo otro”). O, si a veces hay distinción, el muro que separa lo visible (consciente) de lo invisible (inconsciente) es muy poroso.

La epigenética le da la razón sobre todo a la concepción chamánica del rol de los espíritus, de los ancestros, con respecto de la desgracia y del infortunio que se manifiesta en las personas, en las familias y en las comunidades. La desgracia y el infortunio constituyen desde entonces una hierofanía (manifestación en lo visible, lo profano, de lo invisible, lo sagrado) del espíritu del ancestro. La epigenética expresa igualmente, aunque de manera menos metafórica y más “científica”, la “emergencia” de trastornos en la vida de la descendencia (personas, familias, comunidades).

Para que la cosmovisión chamánica nos ayude a nosotros, fijados en nuestras pobres mentalidades “cartesianas”, tene-

mos que hacer todo un trabajo de rigurosa interpretación de las metáforas chamánicas, como espíritus, espíritu maléfico, ancestro, transgresión, culpabilidad, castigo, posesión, maleficio, brujo, embrujamiento, robo de alma, llamada de alma, exorcismo, animal de poder, espíritu auxiliar, viaje chamánico, lucha de poder contra los espíritus maléficos, ascensión hacia los espíritus superiores, descenso al infierno, etc. Todas estas metáforas que pertenecen al mundo chamánico y también a las religiones populares tratan de explicar las dinámicas invisibles para el común de los mortales. Son los especialistas, chamanes o videntes, quienes pueden ver, sentir, intuir las artimañas de lo invisible.

Con sus metáforas, bien interpretadas, en convergencia con conceptos equivalentes de las ciencias humanas y naturales, podemos tener una doble visión, una visión binocular. Así es que tenemos una visión tradicional chamánica (el chamanismo es los cimientos de todas las religiones) y una visión moderna científica. De estas dos visiones se desprende una tercera visión, o tercera dimensión, o profundidad. Como en la filosofía de Georg Wilhelm Friedrich Hegel y Karl Marx: tesis (la religión), antítesis (la ciencia) y síntesis (la psicoantropología). Esto es lo que nos enseñó también Bateson sobre la visión binocular: lo que ve el ojo izquierdo es diferente de lo que ve el ojo derecho; de estas diferencias se desprende la profundidad o tercera dimensión.

Para alcanzar esta profundidad, hay que poner en correspondencia un concepto chamánico considerablemente metafórico con un concepto científico menos metafórico. De esta comparación se desprende una comprensión más profunda (tercera dimensión), desde el punto de vista chamánico y desde el punto de vista científico a la vez. Tomemos por ejemplo la metáfora “espíritu” y el concepto “campo electromagnético”. Cuando el chamán identifica una enfermedad, él dice que hay un “espíritu” transgredido, ofendido, que manifiesta su rabia en esta enfermedad. Cuando un biomédico identifica una enfermedad, él dice que hay un campo electromagné-

tico desequilibrado en la región corporal de la enfermedad. La región de la enfermedad se encuentra ácida, inflamada, es un medio favorable al desarrollo de la enfermedad. Los físicos cuánticos, cuando definen el calor, consideran que es una energía degradada, desequilibrada. La energía es un concepto intermediario que permite establecer nexos entre espíritu y electromagnetismo. Luego, cuando el chamán “ve” el espíritu negativo, malo, “ve” o siente en realidad una energía degradada que remite a un campo electromagnético.

Sin embargo, este campo no basta para comprender el problema porque éste es la consecuencia de una “emergencia”³ provocada por los sufrimientos transgeneracionales epigenéticos del enfermo en sinergia con la transferencia de sufrimientos de una pareja, un colega, un hermano u otra persona viva del entorno del enfermo. El sufrimiento reprimido por uno se transfiere al otro, un prójimo, y este sufrimiento transferido se sinergiza con el sufrimiento del enfermo. Esta sinergia arrastra una “emergencia” indetectable en los componentes causantes. Esta emergencia se traduce en trastornos (desgracia e infortunio). Las emergencias dolorosas son causadas por el encuentro (sinergia) en un individuo (o en algunos, o en un grupo) de una “posesión” (su herencia vertical psicogenealógica y epigenética) y de un “embrujoamiento” (transferencia horizontal que viene de los que están en vida: padres, hermanos, amigos, enemigos, parejas, colegas...).

Aquí estamos en el “paradigma de la complejidad” moriniana. Morin escribe, inspirándose de Magoroh Maruyama, que “el principio de causalidad compleja, [conlleva] causalidad mutua interrelacionada [...], inter-retroacciones, retrasos, inter-ferecias, sinergias, desviaciones, reorientaciones”⁴. Las emergencias serían, según Morin, fenómenos de auto-organización sometidos al principio de causalidad compleja, o principio de

³ Las propiedades de un fenómeno emergente no pueden explicarse por las propiedades de los componentes que causan dicho fenómeno. Un ejemplo elocuente de emergencia: la molécula de agua tiene propiedades insospechadas que no existían ni en el átomo de hidrogeno ni en los dos átomos de oxígeno (H₂O) antes de que se sinergizaran.

⁴ Edgar Morin, *Science avec conscience*, París, Fayard, 1990, p. 307.

endo-exocausalidad. Las causalidades de los trastornos emergentes (enfermedades físicas, psíquicas, individuales, familiares, comunitarias) son siempre internas (endógenas) y externas (exógenas) al sistema enfermo.

Al nivel humano, el de la intersubjetividad (relaciones entre varios sujetos), son los chamanes quienes pueden describir con sus lenguajes metafóricos lo que las ciencias termodinámica (Boltzman), relativista (Albert Einstein), cuántica (Heise berg y Bohr), cibernética (Wiener), sistémica (Atlan, Morin) apenas sospechan. Ellos ya conocen la no separabilidad cuántica, están familiarizados con la complejidad de la endo-exocausalidad mutua, las inter-retroacciones, las interferencias, las sinergias, etc. y, más especialmente, con las emergencias que no son misteriosas para ellos.

El chamán constata la causalidad compleja sobre todo en el nivel invisible, inconsciente, aun cuando es posible verificarla en la vida visible, consciente. Es al inspirarme de la causalidad compleja, no muy lejana de la sincronicidad junguiana, que me aparto de la noción freudiana del inconsciente personal –sin por lo tanto adoptar la noción del inconsciente colectivo de Jung– para crear el concepto de “inconsciente relacional” (o intersubjetivo). Es recientemente que desarrollé ese concepto, omnipresente en este libro, aunque todavía llamado “inconsciente personal”. A medida que vaya profundizando en la lectura, el lector se enterará de que el inconsciente personal se define como relacional, lo que, al fin de cuentas, involucra los inconscientes genealógico, familiar, organizacional, étnico, colectivo. El inconsciente relacional, como lo veremos constantemente en las páginas siguientes, corresponde estrechamente al mundo invisible chamánico, lugar de las artimañas espirituales, como robo de alma, llamada de alma, circulación de los espíritus, transgresión de un espíritu, embrujamiento, posesión, etc. Un chamán, cuando comprende y explica cualquier fenómeno de desgracia e infortunio, nunca aísla a las personas o al evento involucrados. Siempre ve un sistema relacional en el centro del cual las per-

sonas involucradas se encuentran. Las metáforas chamánicas se interpretan fácilmente en términos de interferencias, de causalidades interrelacionadas, de inter-retroacciones, de no-separabilidad, de no localidad, etc. Cuando Freud y Jung declaran que era imposible conocer el inconsciente personal o el inconsciente colectivo, tienen la razón porque es efectivamente imposible conocer lo que no existe. El obstáculo es insuperable dado que no existe un inconsciente personal, ni siquiera un inconsciente colectivo (en el sentido junguiano). Sin embargo, el “inconsciente relacional” es conocible. El chamanismo sinergizado con el sistemismo permite la “emergencia” del conocimiento del inconsciente relacional. Este último no necesitará superar el estatuto de verosimilitud.



Este libro está conformado por dos partes. La primera es la traducción de uno de mis libros escrito en francés titulado *Psychologie et chamanisme au 21e siècle*⁵, el cual está constituido de pequeños capítulos que ponen en escena historias de casos extraídas de mi práctica. Estas historias ilustran las emergencias que resultan de la doble comprensión/explicación (chamanismo y psicología) de estos casos. La metodología consiste en un vaivén entre las metáforas chamánicas (posesión, embrujamiento, ancestro, espíritu maléfico, espíritu benéfico, robo de alma, exorcismo, adorcismo, etc.) y los conceptos psicológicos (superyó, ley del padre, alienación, psicogenealogía, sufrimiento, resiliencia, gritos primales y abreacción, choque postraumático, individuación, etc.). A menudo, se desprende de la aposición de una metáfora con un concepto equivalente, una tercera dimensión, una profundidad de comprensión/explicación insospechada, tanto dentro del marco chamánico como dentro del marco

⁵ Jean-Jacques Dubois, *Psychologie et chamanisme au 21e siècle*, St-Zénon (Quebec, Canadá), Louise Courteau éditrice, 1999. Es necesario advertir que existen algunas diferencias entre la versión original en francés y su traducción al español. El capítulo 19 y el epílogo no figuran en la versión en español.

psicológico. Veremos que las metáforas a menudo superan en profundidad los conceptos científicos. Sin embargo, para una mente occidental, es el concepto lo que permite comprender y explicar la riqueza y la verosimilitud del significado de las metáforas chamánicas. La plasticidad de las metáforas necesita, para su comprensión y explicación, una flexibilidad de nuestros conceptos, también sometidos a una ascesis fenomenológica. Esta ascesis da a nuestros conceptos humildad y apertura, es decir conceptos nunca acabados, siempre mal definidos, siempre de un “inacabado admirable”. Este es el precio a pagar para que el científico y el chamán puedan dialogar y así alcanzar la emergencia dialéctica, hegeliana, o la tercera dimensión (profundidad) batesoniana. Aquí termina la presentación de la primera parte puesto que este libro ya tiene su propia introducción.

La segunda parte está constituida por capítulos más teóricos. Son ensayos que permiten profundizar el sistemismo del “inconsciente relacional” o intersubjetivo. Esta concepción del inconsciente es el corazón de la psicoantropología que se insurrecciona contra todas estas concepciones mutilantes en boga, tanto en el campo de la biomedicina como en el campo de las medicinas alternativas, concepciones que culpabilizan a la persona enferma considerada como un ser autista en disyunción con su entorno. Sin embargo la psicoantropología reconoce la importancia histórica, la necesidad noogenética, de estos conceptos. La psicoantropología se ha construido particularmente en contra a las debilidades y errores de estos conceptos.

En el primer capítulo, después de haber establecido una morfogénesis sistémica de la presencia omnipresente y omnipotente del ancestro en la vida social e individual, examinamos el proceso de la fiesta religiosa primitiva según Durkheim y Róger Caillois particularmente, del sacrificio provocado por el deseo y la rivalidad miméticos según René Girard, del desorden creador de orden, según Ilya Prigogine, del *explicate order* a partir del *implicate order* según la concepción holográfica de David Bohm. Todos estos procesos homólogos

muestran los cimientos teóricos del inconsciente relacional, es decir de la configuración sistémica de lo invisible. El mito que determina el funcionamiento del inconsciente determina también la producción de las teorías científicas.

El segundo capítulo pone en paralelo el mito arcaico salvador con una teoría moderna de la enfermedad/salud. Es por medio de la comparación de esta teoría con el texto de Blaise Pascal titulado *Oración para pedir a Dios el buen uso de las enfermedades*⁶ que se establece un estrecho paralelo entre esta teoría científica y los mitos adámico, exódico, crístico y chamánico. El totalitarismo del ancestro se manifiesta hasta en la producción científica.

El tercer capítulo pone en escena el arquetipo del proceso de la victimización sacrificial ilustrado por la tortura y la adopción o el linchamiento de la víctima (Girard). En este proceso, la víctima designada pierde su identidad social, e incluso su inconsciente relacional, para hacerse de una nueva identidad, es decir de un nuevo inconsciente relacional. Su nueva identidad se vuelve la sociedad misma. Toda su nueva sociedad se condensa en esta nueva identidad. El ancestro se reencarna. El sistema sacrificial es homólogo a la “estructura disipativa” de Prigogine que permite comprender la dinámica del inconsciente relacional. El sistema sacrificial, enriquecido con la estructura disipativa verificada en el campo de la fisicoquímica, explica el proceso revolucionario sandinista, los movimientos de revitalización, el suicidio, el advenimiento de la enfermedad en una persona, la historia de la redención, etc.

El cuarto capítulo está consagrado a descifrar las artimañas invisibles (inconscientes) de la violencia. La desgracia y el infortunio, tanto individual como colectivo, dependen de la interiorización, totalmente inconsciente, de los dramas, traumas, sufrimientos de los ancestros. Los ancestros más violentos para con su descendencia son, muy a menudo, los más

⁶ Blaise Pascal, “Prière pour demander à Dieu le bon usage des maladies” (*Oración para pedir a Dios el buen uso de las enfermedades*) en *Opuscules choisies*, París, Bloud, 1907, pp. 17-27.

idealizados o divinizados. El culto de los ancestros esconde un sufrimiento cuya intensidad es medida por la importancia de dicho culto. Las religiones, que se construyen a partir del culto de un ancestro divinizado, son los vectores de sufrimientos que se sinergizan con los de sus devotos; resultado: emergencia de violencia física, psicológica, guerras, masacres, terrorismo, etc. Las religiones que pasan insospechadas, como el pensamiento positivo (religión de la nueva era), el budismo y el hinduismo, se revelan venenos intersubjetivos (inconsciente relacional). Para terminar esta sección, exploremos temas diversos: incesto, infidelidad, aborto, violencia conyugal y familiar. Todos estos casos se comprenden en el conjunto del sistema genealógico y familiar que condiciona la desgracia y el infortunio, es decir la violencia.

El quinto capítulo constituye una crítica del chamanismo y del neochamanismo. Para hacer esta crítica, tuve que convocar lo esencial de la psicoantropología y finalmente esta crítica se volvió un pretexto para escribir una síntesis, un resumen inédito de la psicoantropología. La principal crítica consiste en que en las sociedades con chamán no existe libertad y, consecuentemente, amor. Y para volverse libre y amoroso, se necesita del desarrollo de la consciencia que, en el mundo chamánico, es encerrada en su cercado cosmológico. Transgredir el culto de los ancestros puede arrastrar enfermedades graves o la pena de muerte. La redención, o curación, es posible si el transgresor renuncia a su libertad por la transgresión, pide perdón al ancestro y sacrifica de nuevo al culto del ancestro y si el chamán logra calmar el enojo del ancestro ofendido. Si bien el chamanismo es excelente para enseñarnos las artimañas espirituales del mundo invisible, es decir del inconsciente relacional, resulta insuficiente para sanar verdaderamente. Una sanación prepara la próxima desgracia dado que se despidе solamente al ancestro doloroso sin “exterminarlo”. La verdadera sanación necesita del advenimiento de un metachamanismo ya en elaboración que arruine el culto

del ancestro indisoluble del “animal de poder” para alcanzar al “humano de amor”, de libertad y de consciencia.

El sexto capítulo denuncia la instrumentalización de los dolientes por parte de los terapeutas. Éstos transfieren su niño herido (con su sufrimiento transgeneracional) sobre sus pacientes dolientes. Se parentalizan infantilizando a sus pacientes. Después dicen que los pacientes han transferido a sus padres sobre ellos mismos. Y piensan que esta transferencia es la condición *sine qua non* para toda curación. Al nivel del inconsciente relacional, el terapeuta transfiere su sufrimiento sobre su paciente. Al hacer esta masacre “terapéutica”, el terapeuta transfiere sus mecanismos de defensa (represión) indisoluble de su sufrimiento. Así, el paciente se siente mejor porque puede reprimir mejor su sufrimiento, al aprovecharse de los mecanismos de defensa de su terapeuta. Solamente los terapeutas que han alcanzado una capacidad de amar, con ayuda de los años, pueden evitar los daños de la transferencia. Eso les permite no fusionarse con el paciente, es decir, mantener una buena distancia, un espacio de libertad esencial para la construcción de la relación amorosa que es la verdadera condición *sine qua non* para toda curación.

El séptimo capítulo es una prolongación del sexto. Su propósito es explicar, mediante el aporte de las neurociencias, por qué es verosímil que, dada la posición de liderazgo del terapeuta, éste sincronice el cerebro del paciente con el suyo. En efecto, los sufrimientos del terapeuta son transferidos al paciente, transferencia que opera por medio de la empatía. A su vez, los sufrimientos programan los cerebros del terapeuta y del paciente. Este sufrimiento constituye un tipo de información que se traduce, en todas las personas, en creencias, valores, actitudes, comportamientos y también en patologías. Por medio de la empatía, es decir de la transferencia del sufrimiento a su paciente, el terapeuta logra que su paciente adopte, no solamente sus creencias (por sus carencias) y sus valores (por sus dolores) y hasta sus actitudes y comportamientos, sino que adopta incluso sus patologías físicas y psí-

quicas. Esto es lo que dan a entender investigaciones recientes con respecto de la influencia que tiene un líder (= terapeuta) empático sobre sus adeptos (¿los pacientes no se convierten acaso en fervientes adeptos de sus terapeutas?), quienes terminan por adoptar las creencias y valores del líder, las que son indisociables de sus sufrimientos.

El octavo capítulo trata de contestar la pregunta ¿qué y quién es Dios? Aquí, la influencia de Teilhard de Chardin se manifiesta con fuerza. Dios es presentado como un proyecto que necesita de una humanidad adulta, responsable, no solamente de la tierra, sino también del cielo. Dios es la representación que la humanidad en devenir se hace de sí misma. Dios es el devenir, es decir la Ley de la Creación de la cual la Evolución es la voluntad divina. Esta Ley está obsesionada por el anhelo de crear cada vez más complejidad, es decir relaciones más cualitativas y más cuantitativas entre los elementos de todos los sistemas, relaciones, luego, más conscientes (Padre), más libres (Hijo) y más amorosas (Espíritu Santo). Esta Ley, finalmente, es la del inconsciente relacional que se vuelve consciente relacional amoroso.

El noveno capítulo nos enseña cómo convertirse en Dios. Siendo Dios la Santa Trinidad –es así como se metaforiza lo desconocido, lo absoluto– es constituido por tres metáforas: el Padre que tiene el conocimiento (omnisciencia), el Hijo que libera a la humanidad y el Espíritu Santo que es la relación amorosa entre el Padre y el Hijo. Retenemos lo esencial contenido en estas metáforas: consciencia (Padre), libertad (Hijo) y amor (Espíritu Santo). Si un día me he vuelto un poquito más consciente, más libre, más amoroso, más complejo después de un momento de caos, puesto que Dios es devenir (proceso), ley de la Creación, o Evolución, entonces me he vuelto un poquito más Dios. Cuando nos arrancamos un poquito del pecado (liberación de sufrimientos reprimidos) y alcanzamos un poquito la virtud (actualización de nuestros recursos, talentos personales), nos volvemos, por ese día, Dios mismo “por participación” como decía San Juan de la

Cruz. Del inconsciente relacional, caminamos hacia el consciente relacional que no es posible sin libertad y amor.

El décimo capítulo nos lleva a experimentar a Dios al experimentar el Devenir que no puede prescindir del proceso “del caos a la complejidad”, es decir “de la muerte a la resurrección”. Volverse el Devenir (Dios) hasta poder experimentarlo todos los días, es decir volverse más y más consciente, libre y amoroso, desarrolla una familiaridad con la muerte que podría permitir vivir conscientemente la última muerte indisoluble de la resurrección. Si nuestra consciencia se desarrolla a través de nuestra muerte, entonces la última, la muerte absoluta, desarrolla nuestra consciencia (libertad y amor) absoluta. Si este momento de consciencia absoluta, comúnmente llamada “eternidad”, dura solamente un microsegundo en el momento de la muerte, no queda nada para después de la muerte puesto que todo está en este instante (microsegundo) eterno de muerte.

El undécimo capítulo pone de relieve un enigma evangélico, una paradoja: la voluntad de Dios se hace en la tierra como en el cielo por un lado y por el otro, es lo contrario puesto que lo que los humanos atentan o desatentan en la tierra será atado o desatado en el cielo. ¿Quién tiene el poder, quién manda? ¿Dios o el humano?, ¿el cielo o la tierra? En los dos casos asistimos a la no separabilidad tierra/cielo o planeta/cosmos. Planeta y cosmos tienen también su inconsciente relacional. La humanidad, al hacerse más consciente, más libre y más amorosa, estaría llamada a ordenar la evolución cósmica y planetaria. La no separabilidad, o inconsciente relacional, paralelamente, estaría llamada a hacerse consciente de la no separabilidad universal, es decir consciente de su inconsciente relacional. El consciente relacional consiste en el aprendizaje colectivo de más consciencia, más libertad y más amor.

Y el amor es simplemente el advenimiento del consciente relacional indisoluble del florecimiento de los derechos humanos y democráticos, que no pueden pensarse sin los de la

naturaleza (fauna y flora), condición esencial para poder atar y desatar tanto en el cielo como en la tierra, para ordenar al planeta y al cosmos en total sincronicidad. Ya no es Dios, sino la humanidad que es amor, o que lo será. Y el amor es en primer lugar y sobre todo, el amor a la vida. Hay solo una manera de amar la vida: siendo conscientes de sus leyes fundamentales, leyes que nos arrollan, aspiran, individualmente y colectivamente, planetariamente y cósmicamente, hacia más complejidad (más consciencia, más libertad, más amor), gracias al (por la gracia del) caos (inconsciencia, alienación, odio...), hacia más resurrección gracias a (por la gracia de) la muerte.

ÍNDICE

Remerciements/Agradecimientos	7
PREFACIO	9
INTRODUCCIÓN	17
PRIMERA PARTE	
Psicología y chamanismo en el siglo XXI	37
Introducción	
La muerte del homo sapiens. El nacimiento del homo sapiens	39
Capítulo 1	
Las desgracias del pensamiento positivo	49
Capítulo 2	
El arquetipo del sufrimiento y de la enfermedad	57
Capítulo 3	
La enfermedad paranormal	61
Capítulo 4	
¿Qué es un nagual (nahual)?	66
Capítulo 5	
El enigma de la enfermedad y de la curación	71
Capítulo 6	
La influencia a distancia ¿es realmente posible?	75
Capítulo 7	
El arte de embrujarse a sí mismo	80
Capítulo 8	
El embrujamiento implícito	86

Capítulo 9	
La posesión	93
Capítulo 10	
El embrujamiento y la posesión vienen del incesto	98
Capítulo 11	
El embrujamiento y la posesión vienen del incesto (continuación)	105
Capítulo 12	
Variantes del embrujamiento-posesión por medio del incesto	110
Capítulo 13	
El embrujamiento-posesión por los psicoterapeutas	113
Capítulo 14	
Una madre se encuentra en el reencuentro con su hija	118
Capítulo 15	
¿De dónde viene la enfermedad?	124
Capítulo 16	
¿De dónde proviene la curación?	128
Capítulo 17	
El sortilegio y la posesión demoníaca	135
Capítulo 18	
La violencia conyugal reencarna a la violencia clerical	142
Conclusión	
El camino hacia la curación	149

SEGUNDA PARTE

Ensayos Psicoantropológicos	155
Capítulo 1	
La teoría del mito y el mito de la teoría	157
Capítulo 2	
La condena por la salud y a redención por la enfermedad	168
Capítulo 3	
La tortura adoptiva	202
Capítulo 4	
La violencia: perspectivas psicoantropológicas	240
Capítulo 5	
Crítica del chamanismo y del neochamanismo	266
Capítulo 6	
Crítica de la transferencia terapéutica como opuesta a la experiencia del amor	281
Capítulo 7	
Alegato contra las terapias o la empatía que asesina	301
Capítulo 8	
¿Qué y quién es dios? (Hipótesis sobre dios). La naturaleza de la vida y la vida de la naturaleza	334
Capítulo 9	
El ardid para convertirse en dios	347
Capítulo 10	
El instinto del instante eterno	357

Capítulo 11

Comentarios sobre una palabra enigmática del evangelio	365
A modo de conclusión: Manifiesto de la psicoantropología	390
BIBLIOGRAFÍA	413